

## RECENSIONES

BRADLEY, Peter T. *The Lure of Peru. Maritime Intrusion into the South Sea, 1598-1701*. Basingstoke & London: Macmillan, 1989. 242 pp.\*

Concentrado desde hace más de veinte años en la investigación de incursiones marítimas y defensa militar en el virreinato del Perú, Peter T. Bradley ha dado a publicidad un volumen largamente esperado, como contribución al estudio de la presencia europea en las costas del Pacífico durante el siglo XVII. Bradley, profesor en el departamento de estudios hispánicos y latinoamericanos de la Universidad de Newcastle upon Tyne, había adelantado algunas partes de este libro en una serie de artículos publicados desde 1975 en *Revista de Historia de América*, *Ibero-Amerikanisches Archiv*, *The Americas* y *Revista de Indias*. Su trabajo está basado en informes oficiales de los navegantes que participaron en las expediciones al Mar del Sur, así como en testimonios personales desde la perspectiva española y peruana, extraídos de fuentes como las memorias de virreyes, correspondencia de funcionarios virreinales, cartas de particulares, provisiones y cédulas reales, consultas del Consejo de Indias, informaciones de testigos, etc. Para ello ha explorado diversos archivos y bibliotecas de Londres, Madrid, Sevilla y Lima.

El investigador británico, particularmente interesado en la imagen del Nuevo Mundo a través de la literatura de viajes, pone de relieve la atracción mítica que ejerció en Europa la naturaleza americana a lo largo de todo el período colonial. La misma fascinación por descubrir un mundo poblado de seres y recursos fabulosos que empujó allende el océano a los tempranos colonizadores del siglo XVI, se encuentra también en las narraciones de quienes participaron en las empresas de corsarios y filibusteros cien años más tarde. Por el enorme botín de metales preciosos tomado de los incas, el Perú permaneció como un especial objeto de atención en la mira de los aventureros; así lo demuestran las incursiones que realizaron navegantes ingleses a partir de la década de 1570, incluyendo a Drake y Cavendish en sus viajes de circunnavegación de la Tierra.

---

\* Como una versión resumida de esta obra en castellano, puede citarse el artículo de Peter T. Bradley, "La fascinación europea con el Perú y expediciones al Mar del Sur en el siglo XVII", en *Revista de Indias*, XLVIII: 182/183 (1988), pp. 257-283.

En el "imaginario" europeo, el Perú era contemplado como la principal fuente de riquezas de España en América, como el seno de civilizaciones indígenas colmadas de extraordinarios tesoros y como un campo fértil para el comercio. Junto con las simples perspectivas de saqueo, pues, existía la idea de establecer vínculos comerciales relativamente firmes con la población hispanoamericana, a fin de aprovechar el mercado de la floreciente economía colonial. Esto se complementaba, en el orden político, con el propósito de contrapesar la supremacía española en América del Sur mediante el establecimiento de colonias europeas rivales, para lo cual se contaba con alianzas (que nunca llegaron a plasmarse) con la masa india o los negros esclavos.

Según explica detalladamente Bradley en el libro (caps. 1, 2, 3 y 4), Holanda fue la primera nación que se lanzó en el siglo XVII a las aguas del Mar del Sur —espacio comprendido entre el istmo de Panamá y el estrecho de Magallanes— con el objetivo de realizar ese ambicioso programa económico y político. Las expediciones iniciales de Jacob Mahu y Olivier van Noort se limitaron a desarrollar un modesto intercambio de mercancías en la costa chilena y a entrar en los puertos de Valparaíso y Huasco (1600). Joris van Speilbergen, en cambio, recorrió enteramente el litoral peruano y venció incluso a la flota virreinal que se le enfrentó cerca de Cañete, pero optó por alejarse de estas tierras sin haber cogido grandes presas de dinero (1615). A su turno Jacques l'Hermite, apoyado en una poderosa escuadra, falló en el intento de capturar el cargamento de plata potosina en Arica y se dedicó a un prolongado aunque infructuoso bloqueo del puerto del Callao (1624), hasta que las enfermedades acabaron con él mismo y con buena parte de su tripulación. El último expedicionario, Hendrik Brouwer, llegó a establecerse por algunos meses en Valdivia (1644), pero debió abandonar su proyecto de levantar ahí un fuerte holandés debido a la falta de mantenimientos y la indiferencia de los habitantes lugareños.

Las incursiones de ingleses (caps. 5 y 8) empiezan con el viaje de John Narborough, quien —amparado en la coyuntural alianza de las coronas de España e Inglaterra— se detuvo en el puerto de Valdivia y mantuvo relaciones amistosas con las autoridades locales (1670). Entre los tripulantes que dejó en tierra figura un enigmático personaje, llamado Don Carlos, que por varios años laboró en complicidad con grupos londinenses que tramaban una penetración británica en las costas del Pacífico. Finalmente el corsario John Strong, que utilizó como todos los anteriores la ruta del extremo meridional del continente, atravesó sin complicaciones el litoral del virreinato peruano hasta la punta de Santa Elena y efectuó alguna venta de mercaderías (1690), pero no tuvo mayor éxito en burlar las restricciones de la metrópoli al comercio de Hispanoamérica con naciones extranjeras.

Los únicos expedicionarios que consiguieron real provecho en su intrusión al Mar del Sur fueron los bucaneros o filibusteros (caps. 6 y 7), que venían a través del istmo de Panamá, con la experiencia de haber hostilizado a las flotas españolas en el ámbito del Caribe. Bartholomew Sharp arribó a la cabeza del grupo inicial,

que se dedicó a la caza de buques mercantes y al asalto de poblaciones costeras como Guayaquil, Paita, Barranca, Ilo, Arica y Coquimbo, hecho que le reportó un importante botín de plata (1681). Mucho más efectiva resultó la incursión del grupo de bucaneros ingleses y franceses que en 1687 emprendieron el ataque más sanguinario a las playas del Perú: se calcula que capturaron unos 60 barcos, mataron unas 400 personas, hicieron unos 3,000 prisioneros y se llevaron una presa de cerca de 500,000 pesos.

Dejando a salvo la condición peculiar de los filibusteros, el hecho evidente es que ni Holanda ni Inglaterra tuvieron fortuna en el intento de expandir sus imperios mercantiles hasta la cuenca del Pacífico. La apertura al comercio directo con una nación extranjera sólo llegó después del tratado de paz franco-español de 1698, que dio lugar al establecimiento de la *Compagnie Royale de la Mer Pacifique* y a la colocación regular de mercaderías importadas de Francia dentro del "espacio" peruano; rico en informaciones sobre el origen y desarrollo de este comercio es el libro de C. D. Malamud Rikles, *Cádiz y Saint Malo en el comercio colonial peruano* (1986), que no aparece en las notas bibliográficas de Bradley. Omisión más grave aún es la del trabajo de P. E. Pérez Mallaina y B. Torres Ramírez sobre *La Armada del Mar del Sur* (1987), que ofrece un detallado cuadro de las tripulaciones, los barcos y los gastos de operación de dicha escuadra, junto con una reseña de sus enfrentamientos con naves europeas.

En las conclusiones del libro que comentamos observa el autor que, en último término, la mejor defensa del Perú fue constituida por su propia lejanía, por el viaje azaroso y malsano, por la falta de hospitalidad entre los españoles y por la indiferencia de los indígenas y negros. Sin embargo, ninguno de estos inconvenientes valió para extinguir la atracción hacia el territorio sudamericano, ya que el siglo XVIII sería el marco de nuevas expediciones destinadas a aprovechar sus seductoras riquezas. La fascinación por el Nuevo Mundo fue mantenida en buena parte gracias a los navegantes que participaron en esas incursiones holandesas e inglesas que hemos descrito, pues ellos se encargaron de divulgar mucha información (a veces deficiente o exagerada) por medio de diarios, relaciones históricas y novelas: de este modo quedó satisfecha la invariable demanda de los lectores europeos por noticias de tierras remotas y extrañas.

Desde la perspectiva de efectos de larga duración, las intrusiones europeas en el Mar del Sur —aunque esporádicas y no siempre peligrosas para la estabilidad del régimen colonial— fomentaron la organización de un aparato defensivo en el virreinato del Perú. Se hizo necesario construir galeones y fragatas, fabricar armamento, reunir milicias, levantar las murallas de Lima, Callao y Trujillo, fortificar puestos subalternos, enviar socorros a Chile y Panamá. Con ello aumentó constantemente la incidencia de los gastos de defensa en el presupuesto de la Real hacienda, a tal punto que durante los años 80 del siglo XVII consumieron el 33% de los ingresos estatales.

Además de la creciente aportación de dinero fiscal, hubo necesidad de recurrir a la financiación de hacendados y comerciantes de la propia colonia para solventar los gastos del aparato defensivo. Disminuyó entonces la cantidad de plata enviada a la metrópoli, se hicieron menos frecuentes los intercambios de bienes con España y aumentó por consiguiente la agricultura, la manufactura y el mercado interno del virreinato. Al mismo tiempo, remarca Bradley, la relativa estimulación de la iniciativa privada sirvió para desarrollar en el Perú un conjunto de solidaridades regionales y, tal vez, una embrionaria identidad nacional (distinta, si no opuesta, a la española).

*Teodoro Hampe Martínez.*